



El
Género
de **coraje** **II**

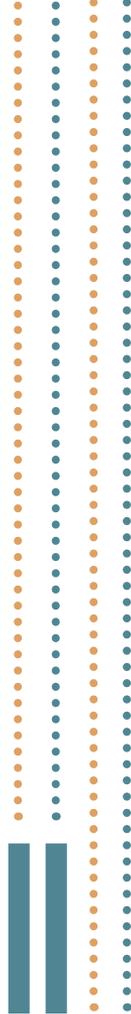
*Crónicas sobre mujeres policías, víctimas
en el conflicto armado interno colombiano.*



“Memoria selectiva para recordar lo bueno, prudencia lógica para no arruinar el presente y optimismo desafiante para encarar el futuro.”

Isabel Allende

El
Género
del coraje |



*Crónicas sobre mujeres policías, víctimas
en el conflicto armado interno colombiano.*



Publicación de la Policía Nacional de Colombia

Coronel RICARDO BLANCO GÓMEZ
Jefe Oficina de Comunicaciones Estratégicas

Capitán NIDIA ESMERALDA AMADOR RODRÍGUEZ
Jefe Grupo de Diseño, Publicaciones e Identidad Visual

Diseño, diagramación e impresión
ITG INVERSIONES TECNOGRÁFICAS SAS.
www.inversionestecnograficas.com.co

ISBN
98736295870592943

Bogotá D.C., abril de 2019

Los argumentos y opiniones expuestos en este documento son de exclusiva responsabilidad del autor, y reflejan su pensamiento y no necesariamente el de la Policía Nacional. De igual manera, esta publicación puede ser reproducida en su totalidad o en parte para fines educativos o sin fines de lucro, sin permiso especial del titular de los derechos de autor, siempre y cuando se haga mención de la fuente.
Citación sugerida: Policía Nacional. (2019).

Se permite la copia de uno o más apartados completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.



Género corajell

Mayor General

Oscar Atehortua Duque
Director General Policía Nacional

Mayor General

Gustavo Alberto Moreno Maldonado
Subdirector General Policía Nacional

Doctora

Cecilia María Vélez White
Rectora Universidad Jorge Tadeo Lozano

Directores del Proyecto

Mayor General

Álvaro Pico Malaver
Director de Talento Humano Policía Nacional

Coronel

Alba Patricia Lancheros Silva
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz

Codirectores del Proyecto

Teniente Coronel

Fernando José Pantoja Cuéllar
Jefe Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas

Mayor

Juan Pablo Ortiz Ramírez
Jefe Grupo de Historia, Memoria Histórica y Contexto

Docente y Periodista

Óscar Durán Ibatá
Director del Observatorio de Comunicación de la Universidad
Jorge Tadeo Lozano

Investigadores

Teniente Coronel

Dalila Faysuli Patiño Mahecha
Directora Escuela de Policía Provincia de Sumapaz “Intendente
Maritza Bonilla Ruiz”

Capitán

Rafael Eduardo Murcia Córdoba
Investigador en Ciencia, Tecnología e Innovación

Estudiantes de Comunicación Social y Periodismo Universidad Jorge Tadeo Lozano

Luisa Fernanda Jaramillo Rubiano
Daniela Parra Sierra

Profesionales en Comunicación Social y Periodismo Universidad Jorge Tadeo Lozano

Lorena Rivera Ocampo
Álisson Tatiana Bustos Galindo
Daniela Irene Mendoza Martínez

Edición

Capitán

Angélica Lorena Salazar Tibaquirá
Oficial de Enlace

Revisión Jurídica

Coronel Pablo Antonio Criollo Rey
Secretario General Policía Nacional

Publicación de la Policía Nacional de Colombia

Coronel Ricardo Blanco Gómez
Jefe Oficina de Comunicaciones Estratégicas

Capitán Nidia Esmeralda Amador Rodríguez
Jefe Grupo de Diseño, Publicaciones e Identidad Visual

Diseño, Diagramación e Impresión

Giovanny Moreno Gómez
ITG Inversiones Tecnográficas S.A.S.
www.inversionestecnograficas.com.co

Imágenes e ilustraciones

Fotografías obtenidas de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución.

Federico Ríos
Fotógrafo independiente

Portada

Federico Ríos
Fotógrafo independiente

Agradecimientos especiales a los integrantes de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, en especial a los funcionarios del Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas; a la Universidad Jorge Tadeo Lozano, al Departamento de Comunicación y Cinematografía y a su CrossMediaLab, así como al equipo de investigación de la Escuela de Policía Provincia de Sumapaz.

Al señor mayor Efrén Yezid Muñoz Morales por iniciar con esta obra y ser una guía en la construcción de nuevas iniciativas. A la teniente Claudia María Mejía Estrada por apoyar esta idea.

Esta obra se enriquece a partir de los relatos, testimonios y vivencia de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución, que aportaron en esta construcción narrativa. Así como al Comisario Luis Henry Bautista Ortega y a Mabel Lara por sus aportes que enaltecen estas experiencias de vida.



Policía Nacional de Colombia

ÍNDICE

El silencio de un adiós

La llanada (Nariño),
24 de enero de 2004.

1

Un ángel en el cielo

Bogotá (Cundinamarca),
8 de abril de 2000.

2

La fuerza del corazón

Bogotá (Cundinamarca),
19 de febrero de 2017.

3

*Entre el cielo y la tierra, así es la
vida en la Policía*

Catatumbo (Norte de Santander),
13 de marzo de 2016.

4

Una mujer con armadura

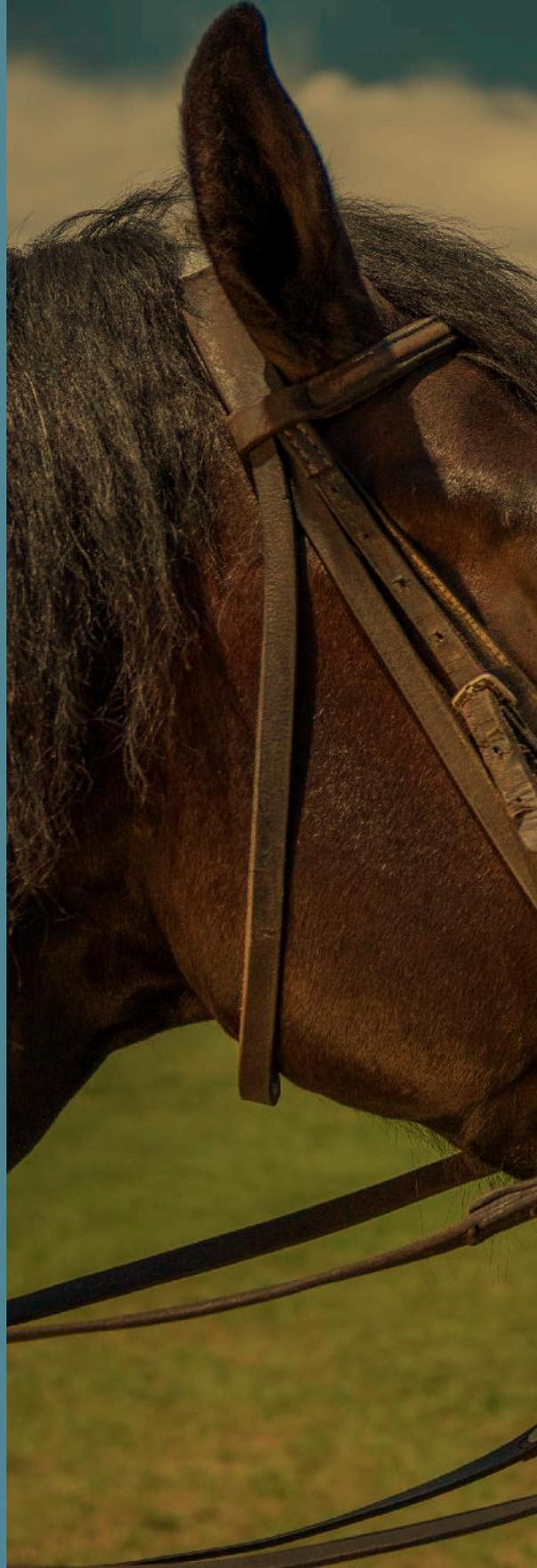
Bogotá (Cundinamarca),
26 mayo de 2006.

5

Una artillera con alma de mujer

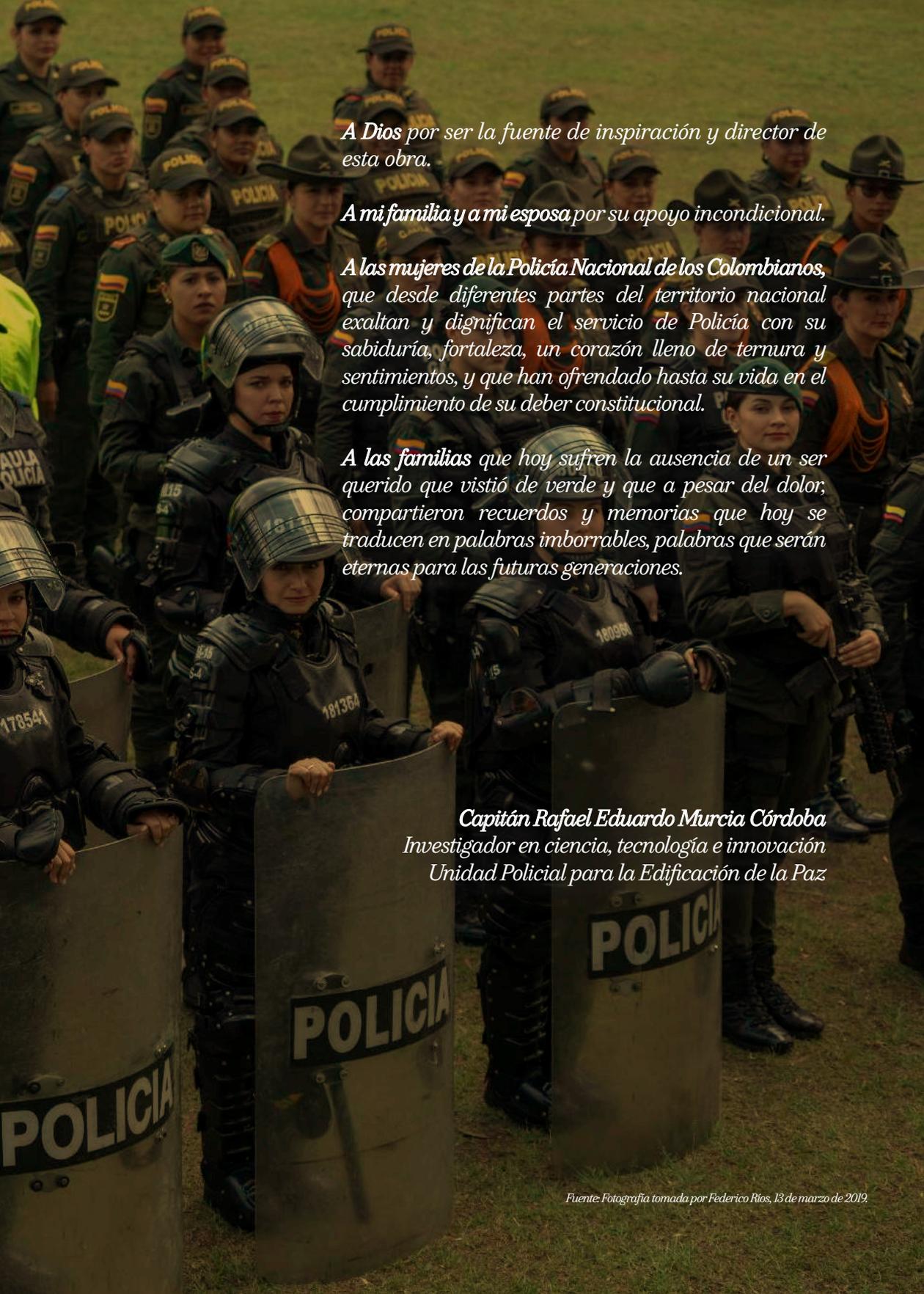
Puerto Rico (Guaviare),
8 de septiembre de 1997

6





Fuente: Fotografía tomada por Federico Ríos, 13 de marzo de 2019.



A Dios por ser la fuente de inspiración y director de esta obra.

A mi familia y a mi esposa por su apoyo incondicional.

A las mujeres de la Policía Nacional de los Colombianos, que desde diferentes partes del territorio nacional exaltan y dignifican el servicio de Policía con su sabiduría, fortaleza, un corazón lleno de ternura y sentimientos, y que han ofrendado hasta su vida en el cumplimiento de su deber constitucional.

A las familias que hoy sufren la ausencia de un ser querido que vistió de verde y que a pesar del dolor; compartieron recuerdos y memorias que hoy se traducen en palabras imborrables, palabras que serán eternas para las futuras generaciones.

*Capitán Rafael Eduardo Murcia Córdoba
Investigador en ciencia, tecnología e innovación
Unidad Policial para la Edificación de la Paz*

A close-up portrait of Mabel Lara, a woman with dark hair, smiling warmly. The image is overlaid with a semi-transparent teal filter. A vertical dotted line of orange and white dots runs down the left side of her face. The word 'PRÓLOGO' is written vertically in large, bold, white capital letters along this dotted line.

PRÓLOGO

HACIENDO VISIBLE LO INVISIBLE

Mabel Lara



Fuente: Fotografía extraída de archivos del periódico El Espectador.

“Las mujeres no parimos hijos para la guerra” es, quizás, una de las frases más contundentes que acuñaron las mujeres colombianas en medio del conflicto que nos acompañó por casi seis décadas.

Asesinatos, mutilaciones, violaciones y desplazamientos son algunas de las formas de violencia que las mujeres han tenido que enfrentar. No hemos sido las mujeres quienes decidimos si hay o no guerra en nuestros territorios; no hemos sido las mujeres quienes hemos estado en la mayoría de los procesos al mando de las acciones militares o insurgentes; sin embargo, nuestros hijos, cuerpos y vidas se han convertido en parte del botín más abusado en el conflicto bélico.

La violencia sexual tal vez es la que más ha quedado marcada en nuestra psiquis, tal y como lo evidencian los estudios de género del Centro Nacional de Memoria Histórica, que en el 2017 documentaron los atropellos que desde 1958 han quebrado las almas de las más de 15.000 víctimas de delitos contra la libertad sexual. Las protagonistas han sido niñas, adolescentes y mujeres adultas, violadas, esclavizadas, prostituidas o, incluso, obligadas a abortar, despojándolas de su humanidad.

El machismo ha pretendido hacer ver que es el hombre el verdadero perjudicado en los enfrentamientos, porque han sido ellos los históricamente enviados a la guerra. Pero cuando nos detenemos a observar a las valientes mujeres que también han participado en el frente de defensa y ataque, la perspectiva del conflicto se transforma.

Según la Unidad para la Atención y Reparación Integral de Víctimas, “nuestra guerra ha dejado un saldo de más de 47.642 policías reconocidos como víctimas de la guerra”¹¹ y pocas veces, como ahora, le habíamos puesto cara a las estadísticas que también están representadas por mujeres policías.

Son insuficientes los reconocimientos de las mujeres en las fuerzas armadas colombianas y sus historias son invisibles para gran parte de la población. Si bien la incorporación al sector de la seguridad se encuentra en el país con limitados avances, y pese a representar el 51 % de la población, en las Fuerzas Armadas las mujeres representan apenas el 5 %, y la gran mayoría se encuentran ocupando rangos y puestos administrativos.

.....
¹ Información tomada de la Unidad para las víctimas <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/institucional/policia-nacional-y-unidad-para-las-victimas-firman-convenio-para-fortalecer-acciones>



La incorporación formal de las mujeres a la Policía de Colombia se dio apenas en la segunda mitad del siglo xx. La Policía Nacional fue la primera institución de las Fuerzas Armadas que dio pie a la incorporación femenina, y en “1953, recibió a 46 mujeres en sus filas. A partir de 1977 comenzaron los ingresos permanentes cada año. Y hoy cuenta con casi 18.000 mujeres en todas las esferas de la institución”²². Esto demuestra que las mujeres policías inevitablemente también han sido parte de nuestra guerra, han muerto, han padecido los ataques y pocas veces han sido oídas.

Los avances en el reconocimiento de las mujeres en la seguridad estatal llevaron a que apenas en el 2018 Colombia lanzó su política de género en las Fuerzas Armadas bajo el mandato del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que por unanimidad establecieron la Resolución 1325 sobre Mujeres, Paz y Seguridad, exigiendo la participación directa de la mujer en la prevención, gestión y solución de los conflictos armados.

Más allá de la representatividad, que

supone una herramienta fundamental para el fortalecimiento de una paz estable y duradera, se requiere la intervención activa y reconocida de las mujeres en la seguridad del Estado, como lo recomienda ONU Mujeres-Colombia:

Es importante que las mujeres se incorporen a los ejércitos de tierra, mar o aire; que participen cada vez más en pie de igualdad para el mantenimiento y la preservación de la seguridad local e internacional, generando un beneficio adicional para las sociedades, al ser una garantía en el respeto de los derechos humanos, incluso, de las mismas mujeres civiles.³

Colombia necesita nuevos relatos; semblanzas como las de este libro. Necesitamos que se hagan visibles otras voces, que ayuden a construir la memoria histórica de nuestro conflicto; que vayan más allá de las colchas de retazos que nos revictimizan, y que hablen también de heroínas, mujeres de uniformes que perdieron la vida o se pusieron en riesgo bajo el amparo constitucional del uso legítimo de las armas como parte del Estado.

.....
²² Caicedo, Á. (2017). *Mujeres Militares, historias de grandeza al servicio de la Paz*. Bogotá: Comando General de las Fuerzas Militares de Colombia.





006528

Fuente: Fotografía tomada por Federico Ríos. El 3 de marzo de 2019.

Historia

1

EL SILENCIO DE UN ADÍOS

*Teniente Coronel
Dalila Faisuly Patiño Mahecha.*



MARITZA

56610

E

l silencio invade la Escuela de Policía Provincia de Sumapaz. Las lágrimas no se hacen esperar entre los familiares y asistentes. La voz de otra de las miles de víctimas, que narra con coraje hechos de violencia que marcaron sin tinta la piel y el corazón, deja sin aliento a los asistentes de aquella ceremonia, al relatar un estremecedor testimonio:

Hace 13 años falleció mi madre. Con tan solo dos años y medio, quedé al cuidado de mi padre, quien, con su esfuerzo y dedicación, logró sacarme adelante. Con la ayuda de Dios, superé muchos obstáculos, aunque su ausencia no ha sido nada fácil; pero aprendí a ser fuerte y a luchar para que, en un futuro no muy lejano, pueda llegar a ser un profesional y servir a mi país, como alguna vez lo hicieron ellos.

Estas son las palabras con las que Andrés Felipe Benavides Bonilla recuerda y rinde un homenaje a su madre, la intendente Maritza Bonilla Ruiz.



Tiempo para la memoria

Andrés finaliza su intervención con un abrazo y la gratitud de aquellos que se tomaron el tiempo para recordar a su madre y hacerle un reconocimiento. Pero muchos de los que hoy asisten a esta ceremonia se preguntan ¿quién era Maritza Bonilla? ¿Por qué su nombre es un emblema para la institución?



Estas sencillas, pero claves preguntas, son el inicio de un relato que sin duda me ha acompañado durante mi carrera institucional. Maritza Bonilla Ruiz nació en el municipio de Santa María, en el departamento del Huila, el 30 de agosto de 1974, siendo la séptima de 10 hermanos, hija de Eduardo Bonilla

Horta, de profesión comerciante y, de María Genith Ruiz, ama de casa.

Maritza se caracterizaba por ser muy disciplinada, virtud que le sirvió para culminar sus estudios satisfactoriamente en 1994, destacándose por ser una buena deportista en voleibol, microfútbol y atletismo. Sin embargo, estas no serían sus únicas habilidades y talentos; como decía su papá: para servir ella había nacido.

Un nuevo rumbo

Maritza Bonilla Ruiz ingresó a la Policía Nacional de Colombia en septiembre de 1996, y se graduó como profesional de Policía un año después, en el grado de patrullero. Su trabajo en la institución trajo consigo múltiples tareas que desarrollaría durante siete años al servicio del país, con una hoja de vida intachable y grandes reconocimientos públicos por su gran trabajo. Unidades como la Seccional de Investigación Criminal del departamento de Policía Huila, la Seccional de Tránsito y la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana de Bogotá, más conocida como E-24, fueron algunas de las que contaron con sus contribuciones y profesionalismo.

Su astucia y gran perspicacia fueron

aptitudes suficientes para incorporarse a la seccional del Gaula en la ciudad de Pasto, perteneciente al departamento de Policía Nariño en el 2002. Sus investigaciones permitieron el rescate de varias personas víctimas del secuestro, recordando que uno de ellos la impulsó a luchar por el derecho a la libertad: la liberación en el sitio Mataplátanos, zona rural de Llorente (sur de Nariño), de un ciudadano ecuatoriano raptado en la ciudad de Quito.

A pesar de sus logros y experiencia, la vida haría una jugada inesperada y desgarradora para la familia Bonilla Ruiz. En contraste con los versos del himno de Nariño: “ser cumbre airosa y tierra de paz”, la noche del 23 de enero del 2004, este territorio de grandes y hermosos paisajes se convirtió en una zona que clamó paz, mientras los estallidos de bombas y el retumbar de las granadas desdibujaron la calma y tranquilidad de sus habitantes. Este relato se suma de manera detallada a lo acontecido en el municipio La Llanada, también en Nariño, y que en su momento expresó el señor subintendente en uso de buen retiro de la Policía, Milton Benavides, esposo de Maritza:

En ese tiempo, yo me encontraba laborando en la estación en comisión. Para el día de los hechos, el 23 de enero me desplacé a la ciudad de Pasto,

con permiso de 5 días. Llegué y, por la noche, cuando nos encontrábamos con mi esposa en la casa, la llamaron a ella para informarle que se estaban tomando una estación de Policía. Ella dijo: “¿cuál estación?”. Le confirmaron que era La Llanada; le dijeron que se desplazara hasta el comando, porque todas las unidades tenían que ir de apoyo.

Como yo me encontraba precisamente con permiso, me llamaron y me dijeron que les colaborara como guía de la contraguerrilla. Pero antes de llegar nos emboscaron en un corregimiento que se llama Bolívar; de ahí salimos ilesos. Llegamos a la estación del pueblo, [pero] había escaramuzas, todavía confrontaciones en las afueras del pueblo; entonces, estábamos en frente de la estación de Policía con el subintendente Richard Andrés Urrego España, con mi esposa Maritza y el patrullero Julio César Hernández Moreno, que también laboraba en la estación. En ese momento, sentí una explosión que me mandó unos 2 metros adelante.

Al recuperarme del estallido, no tenía claro qué había ocurrido. Levanté mi mirada y comencé a buscar entre los escombros a mi esposa, pero no contaba con lo que la vida me tenía destinado. A un lado de la calle, yacía Maritza, tendida en el piso boca abajo, y en la acera del frente, herido el subintendente Urrego. En ese momento, solo pensé en tomarla en mis brazos y que me dijera una palabra, que retornara la calma a mi corazón. Pero ese momento se hizo eterno. Silencio y polvo fueron las únicas cosas que quedaron de aquel estallido. Traté de auxiliarla y de no dejar que su vida escapara de mis manos, pero la voluntad de Dios fue otra. Estos momentos son inmortales en mi mente.

Luego de pocos minutos, nos recogieron y



transportaron en helicóptero hasta el hospital de la capital del departamento. Maritza ya estaba sin signos vitales. No sabría decir si fue una granada de fusil, una granada que estuvo en el piso y estalló, o una granada que lanzaron; lo único cierto es que en la pared de la puerta de la estación donde nos encontrábamos, quedó un boquete sin precedentes.

La escuela se mezcla entre flores, un tapete rojo que cubre la tarima principal y que, con toda la gala, permite reconstruir en este escenario dedicado a la memoria historias que marcaron la vida de hombres y mujeres de manera personal y colectiva. Es una tarea que, como Directora de la Escuela e integrante de la Policía Nacional, me conecta emotivamente con esa humanidad que se refugia en cada persona y que, insospechadamente, desprende el llanto, la nostalgia, la resignación y el coraje, cuando conectar el alma y la mente con el dolor ajeno y entenderlo como propio es la forma más sublime de dignificar las víctimas.

Esta escuela no solamente representa para mí un lugar de formación y un segundo hogar, sino la imagen y valor de una mujer que evoca el trabajo de muchas que a diario recorren nuestra geografía colombiana. Por eso, es un honor dirigir este lugar que lleva el nombre de Maritza Bonilla Ruiz,

preservando el orden y la cultura de respeto por los Derechos Humanos, y siendo un espacio académico exclusivo para mujeres, todas con sueños e ideales que convergen en el mismo objetivo: una Colombia segura, libre de violencia y en paz.

Un recuerdo inolvidable y un amor para toda la vida

Los invitados especiales allí sentados expresan, con emotividad, la importancia de recordar y dejar en la memoria de quienes estamos presentes aquellas historias como la de Maritza, que permitan aferrar una causa de valor y perseverancia en cada asistente a este noble acto, así como un motivo de inspiración para trabajar con gallardía y disciplina pese a las adversidades.

Su padre, el señor Eduardo Bonilla Horta, un hombre que refleja serenidad cuando hablamos de Maritza, la recuerda con el orgullo que representa cualquier hijo; no obstante, para la ocasión se convierte en el centro de su vida, en su todo, porque refleja el sentimiento más hermoso que un padre profesa por una hija que le arrebató la violencia y el conflicto. Me atrevo en un instante a pensar que lo mismo diría la señora María Genith, madre de Maritza

y esposa de Eduardo, quien falleció y seguramente desde el cielo aplaude, contemplando el paisaje que recrea la escuela donde cada detalle está pensado para recordar a su hija.

Dos de sus hermanas comparten el dolor y la ausencia de Maritza; cada una comenta de manera singular el sentimiento que representó la noticia que nunca quisieron escuchar, que su hermana había fallecido tras un cobarde ataque. Solfiria, por su parte, afirma lo siguiente:

No volver a ver una persona es triste, pero me preocupaban mucho mis padres. Supe que mi hermana salía a descansar, porque se habían terminado las actividades de fin de año; quizás por cuestiones del trabajo o por el destino, tuvo que trasladarse. Es un orgullo que la escuela lleve el nombre de mi hermana y que sea un ejemplo de fuerza y valor, pero su ausencia sigue ahí.

Al testimonio de Solfiria, se suma Marleni, quien dentro de su dolor expresa lo siguiente:

Uno no se espera una noticia de esas. Fue terrible. Mi hermana era muy joven; el hecho de que estuviera en la Policía era obvio, tenía peligro que algo pasara, pero no esperaba esto. Supe que había ido a un apoyo y allí murió. Recuerdo a mi hermana porque conviví mucho tiempo con ella, fuimos las mejores amigas, le gustaba su profesión y lo dio todo. Por eso, el saber que una escuela hace un reconocimiento tan especial, me hace pensar que cada vez que nombran la escuela mi

hermana estará en la historia. ¡Es un orgullo!

De la mano de Maritza Bonilla, estuvo un hombre que narra con serenidad cómo el conflicto se llevó el amor de su vida, a la esposa, madre y compañera de trabajo. Milton enfrentó los rigores de la violencia del lado de su esposa, y recuerda:

Nos conocimos en la estación de tránsito en Bogotá. Maritza era una excelente mujer, esposa, madre y amiga, sin olvidar el gran compromiso con su trabajo. No fue muy larga nuestra relación de novios, porque al corto tiempo nos casamos y, fruto de este amor, nació nuestro hijo Andrés Felipe Benavides. Ella se fue dejando un gran vacío para mí, su familia y mi hijo. Pero como siempre he pensado, ella falleció cumpliendo su deber y haciendo lo que más le gustaba.

Estas palabras, aunque dulces, no alcanzan a rememorar los estragos del conflicto, frustrando el sueño de servir a su país, de ver a su hijo crecer, de disfrutar de su familia y de construir su proyecto de vida institucional. Y concluye:





Pienso que en algún momento todos empezamos a formar parte en la historia del país, de una familia o de una institución. Es por ello que narrar los hechos que terminaron con la vida de Maritza me inquieta el corazón y me recuerda cómo es de importante reconocer el dolor ajeno, sin olvidar aquellos que fueron y son víctimas de la violencia en Colombia.

Luego de recordar estas palabras y sentir como mío ese dolor, me devuelvo a la situación que nos convoca el día de hoy: un sencillo pero emotivo acto, que puede no retornar a la vida a aquel ser querido, pero que no deja olvidar el sacrificio de aquellos que consideraron importante trabajar por una Colombia en paz. Estas son grandes razones que se vieron reflejadas en una estatuilla y un recinto educativo policial con su nombre, como homenaje a la abnegación, el coraje y la valentía de muchas policías, del cual hoy soy su directora.



Al hacer la entrega a su padre de la estatuilla, que representa el coraje

de Maritza, me trajo a la mente ese momento en el que un padre acoge a su hija en brazos, la toma con delicadeza y se aferra a ella, llevándola al sitio más seguro donde los recuerdos no se pierden ni se borran: el corazón. El señor Eduardo sonríe. Le digo: “Muchas gracias, su hija fue y será nuestra heroína”; vuelve a sonreír. Se desprenden algunas lágrimas, sonrisas y abrazos que conspiran al compás de los aplausos; seguidamente, invito a Andrés para que reciba, de manos de una estudiante, una foto detallada en lápiz que detiene en el tiempo la imagen de su madre.

En mis hombros tengo la responsabilidad de liderar el proceso de formación de las futuras policías, quienes pudieron ser subalternas de Maritza. ¿Qué pasará por la cabeza de estas niñas, al estar hoy aquí, escuchando cómo se narra el conflicto? Quizás luego deba dirigirme a ellas y hablar acerca de cómo en un instante la vida nos puede cambiar; debemos seguir dando pasos firmes y seguros por ese camino que decidimos emprender, ¡porque para hablar de la vida y los sueños estamos preparados, pero cuando la muerte toca a nuestra puerta y se lleva un ser especial, de una manera tan visceral, es más complicado!

Visibilizar las acciones en las que ofrendaron la vida hombres y mujeres policías por razón del conflicto armado interno es contextualizar historias que conmemoran la entrega y vocación del servicio que los impulsó, en algún momento, a pertenecer a la Policía Nacional. Este acto quizás no repara el daño emocional de sus familiares, pero integra el sentimiento de esperanza y consuelo que debemos mantener cuando estamos unidos, no solo por la labor que ejercemos, sino por el deber de recordarlos.



Estos momentos traen a mi memoria aquel día en el que una visita a Santa María, Huila, recreó en el corazón de muchos de los presentes un recuerdo amargo y dulce entre oraciones, desfiles y ofrendas florales. Esas ofrendas dispuestas en aquella tumba no representan el frío y la soledad del olvido, sino que por el contrario

permiten evocar el calor de aquellos que no permiten desvanecer la presencia de Maritza; yaciendo junto a ella está su abuela, haciéndole compañía y compartiendo la tierra que las vio nacer.

El silencio se rompe al sonar de una trompeta que interpreta una melodía de lamento incansable y sempiterno. El corazón me palpita más fuerte y en la garganta se me hace un nudo, ahogando el dolor que quiere salir en llanto de quienes nos aferramos a la vida y sufrimos por quienes partieron dejando sueños por cumplir.

El recuerdo invaluable de una mujer que ofrendó su vida para salvaguardar la de otros continúa en la mente y corazón de aquellos que, gracias a ella, mantenemos firmes los principios y valores institucionales y que, por ellos, es invaluable salvaguardar la de otros.

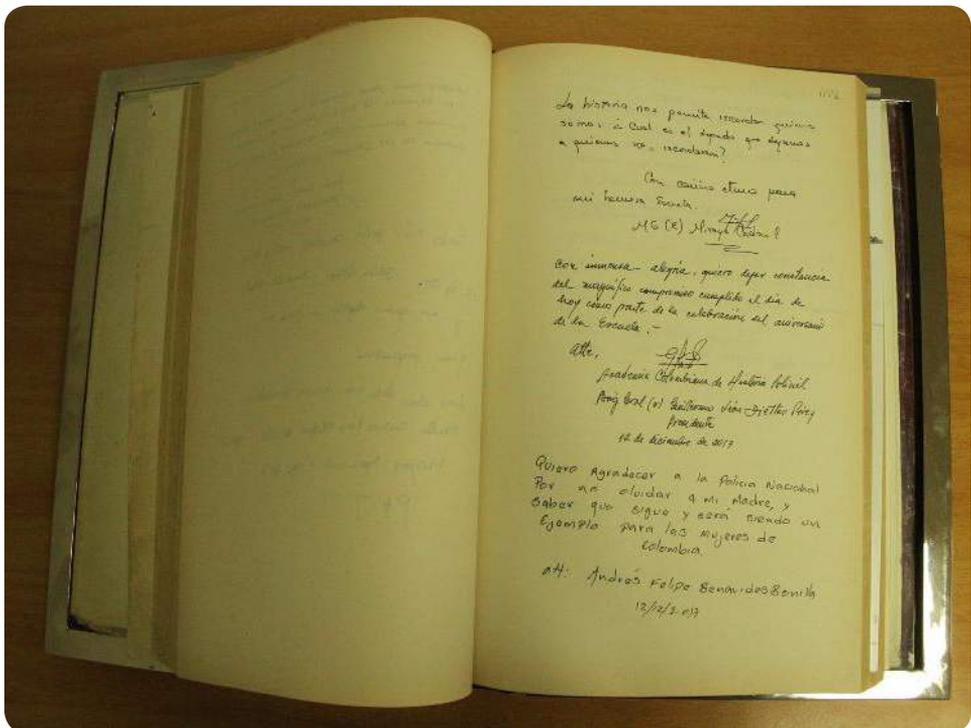
El cuerpo de Maritza Bonilla descansa en paz en su tierra y quizás esta se nutre con la valentía de saber que guarda en lo más profundo su recuerdo invaluable. Los momentos que vivió y los pasos que dio por la institución no serán olvidados; permanecerán en la mente y en el corazón de todos aquellos que luchamos por una Colombia en paz.



El lema “Dios y Patria” simboliza la expresión para aquellos que, como Maritza, acogimos un estilo de vida diferente. A sus padres y hermanas; a su hijo Andrés y su esposo Milton, le brindamos el agradecimiento, cariño, respeto y compromiso de mantener viva la templanza, fortaleza y valentía de Maritza Bonilla Ruiz.

**La muerte no nos roba los seres amados.
Al contrario, nos los guarda y nos los
inmortaliza en el recuerdo. La vida
sí que nos los roba muchas veces y
definitivamente.**

François Mauriac.



Historia

2

UN ÁNGEL EN EL CIELO

Daniela Parra Sierra



ORTIZ G.

53117

E

ra un sábado, 8 de abril del 2000. María se levantó como todas las mañanas a cumplir con su labor en la Policía; esta vez saldría más temprano que de costumbre. Todavía no había amanecido cuando escuchó a alguien llamándola, era Daniel su compadre, diciéndole que pasara a tomarse un café para el frío de la mañana. Ese día tenía que presentarse a formar, por lo que contestó: “Hoy no puedo, voy de afán”.

Salió de su casa en el sur de la capital, vestida con una chaqueta de colores, tenis y jean con destino a su trabajo. Su hijo Jesús, de cinco años, quedó bajo el cuidado de sus padrinos. En el transcurso del día, María no se comunicó con sus compadres para saber de Jesús. Por lo general, los llamaba cada vez que podía, con preguntas que iban desde “¿qué comió?”, hasta “¿qué ha hecho?”. Pero ese día no sonó el teléfono.

Daniel y Mercedes, los padrinos del pequeño Jesús, pensaron que a María



la habían ocupado en diferentes actividades, como decía ella cuando la enviaban a operativos que hacían que regresara tarde a su casa. No se preocuparon porque, como era costumbre, un carro de Policía la dejaba en la casa una vez terminaba su turno. Pasada la medianoche una llamada interrumpió el sueño de los tres. Daniel contestó: “Por favor, tómenlo con calma —le dijeron al otro lado de la línea—, se trata de María. En medio de un operativo, por desgracia, la mataron”.

Luego de colgar el teléfono, Daniel se recuperó, tomó aliento y, como pudo, logró llamar a los padres de María, que vivían a pocas cuadras de su casa. La hermana de María, Helena, contestó y lo único que pudo articular fue una angustiante pregunta: “¿Qué pasó?”. Daniel, trastabillando las palabras, pudo responderle lo que le habían dicho minutos antes. Detrás de Helena estaban sus padres. Los dos sintieron que se les rompía el alma, se quebraron y lloraron sin consuelo, minutos después sería su padre quien caería desmayado en brazos de su esposa.

Después llegó un grupo de policías a la casa, les dieron apoyo y los movilizaron a una Estación. Todo era confuso y doloroso. Al confirmar la noticia, ahora

era su madre la que perdería el sentido y caería desmayada. Todo en sus vidas después de ese día cambió, jamás pudieron recuperarse de aquella noticia, nada volvió hacer igual.

Policía por accidente

María del Carmen Ortiz González tenía 31 años de edad; llevaba diez vinculada a la Policía Nacional, tres de ellos en la Seccional de Investigación Criminal en Bogotá. Vivía con Jesús, su hijo de cinco años, en un apartamento en el sur de la ciudad. Compartían vivienda con Daniel Sandoval y Mercedes Porras, que cuidaban de Jesús mientras María trabajaba.



A unas pocas cuadras, vivían José Vicente Ortiz Mendieta y Lucila González Ríos, los padres de María, y con ellos, Luz Helena Ortiz González, su hermana menor. Quienes conocían a María la recuerdan como una mujer alegre y humilde. Desde niña su sueño era ser enfermera, y Helena soñaba con ser Policía. Esta llevó los papeles para su ingreso a la Institución, pero por insistencia de su familia y sin mucho entusiasmo, María también aplicó, siendo ella la aceptada.

Según su familia, las funciones de María en la Policía eran administrativas en las oficinas de Paloquemao, en Bogotá. Los operativos en los que participaría iban desde la incautación de películas piratas y material de distribución ilegal en las calles de la ciudad, a controlar multitudes en conciertos y espectáculos en diferentes escenarios públicos. Pero para la Policía Nacional, y por cuestiones de seguridad, las funciones de María del Carmen eran otras. Por su habilidad y valentía, y por más de ocho años, ella fue una policía encubierta. Lidió con los más peligrosos jefes de bandas de contrabandistas, piratas terrestres, vendedores de licor adulterado e incluso traficantes de drogas. El 7 de abril, un día antes de su muerte, María llegó tarde a casa, y Jesús ya estaba

dormido. Había estado en un servicio a la salida de un concierto de la cantante colombiana Shakira.

María estaba en curso para ascender al grado inmediatamente superior dentro de la Institución. Le faltaba presentar un informe de placas de automóviles, en el que verificaba si tenían antecedentes para culminar con su curso. Ella aspiraba a ser subintendente en la Escuela de Suboficiales y Nivel Ejecutivo en Sibaté, Cundinamarca. Su familia, por cuestiones de seguridad, no entendía cómo llegó al operativo que le quitó la vida.

La muerte avisa

Daniel recuerda que esa mañana del 8 de abril, cuando María salió y no recibió el café que le ofreció, vio una silueta negra alejarse a través del vidrio de la puerta. Pero María vestía una chaqueta de colores. Al mediodía, Patricia trató de comunicarse con ella, sin obtener respuesta. Pasado el mediodía, en el camino de regreso de una sala de cine, Helena y Jesús pasaron por una casa esquinera en el sur de Bogotá, en donde les pareció ver una figura idéntica a María. Ya a las dos de la tarde, la vista de Helena se nubló.

La familia de María aún no sabe con



certeza qué pasó, aunque los hechos fueron confirmados por la Policía Nacional. Según informes oficiales, la misión secreta que le costó la vida inició a comienzos de 1999. Sus superiores le encargaron una operación que no parecía tener mayores riesgos. Tenía que infiltrar y desarticular los carteles que desde Bogotá distribuían insumos químicos para procesar cocaína en las selvas de Colombia. Su única coartada era un hombre que se hacía llamar Miguel Cárdenas, acostumbrado a moverse en el mundo del hampa para ganarse la vida entregando información confidencial a las autoridades. De hecho, sus datos sirvieron para la captura de más de 10 peligrosos delincuentes, entre los que figuraban jefes de bandas que sembraban el terror en las calles bogotanas. Los dos, entonces, se dedicaron durante varios años a convivir con expendedores de droga en la ciudad.

Informes de prensa dicen que Miguel la presentaba como su esposa. En ese entonces él tendría 35 años y ella 31. Luego de varios años, María del Carmen y Miguel lograron convencer a los traficantes de que estaban dispuestos a pagarles un buen precio por un millonario cargamento de insumos químicos que escondían; para

ello, acordaron una cita en la localidad de Kennedy en el sur de Bogotá. A las nueve de la mañana del domingo 8 de abril, María del Carmen, quien estaba en su oficina, recibió la llamada de Miguel. Todo estaba listo. Tomaron un vehículo y se encontraron con otro, hubo algún diálogo y dos hombres se subieron al vehículo en el que iban Miguel y María del Carmen. Los dos vehículos lograron escabullirse de la vigilancia asignada para el operativo.

El jefe de la operación encubierta de la Policía le había dado unas instrucciones a María del Carmen: “No pueden pasar más de 30 minutos sin comunicarse con sus compañeros”, le dijo. Miguel llevaba un teléfono celular y María del Carmen un radio de comunicación. Tiempo después, ni María ni el informante respondían. Desde el centro de información del Gaula de la Policía, se comenzó a rastrear el celular. El comandante no paraba de insistir por el radio. Un comando de choque de la Policía buscaba por todo el sector el automóvil en el que se movilizaban.

La Policía encontró los cuerpos de las víctimas diez horas después, tras una llamada de los vecinos que se quejaban porque, en una casa del barrio Socorro, el ruido de la música no los dejaba

descansar. Minutos después llamaron a Daniel, y luego la historia ya se conoce. Informes oficiales dicen que la cita entre traficantes, informante y Policía encubierta se efectuó. Al llegar al sitio, al parecer, el jefe de la banda reconoció a Miguel, lo que hizo que toda la escena se volviera caótica y siniestra. María murió, según la necropsia, con un tiro de gracia al lado izquierdo del rostro, a las dos de la tarde.

En el cielo están los ángeles



El siguiente desafío era decirle a Jesús que su madre había fallecido. ¿Cómo se le explica a un niño de cinco años que

no volverá a ver a su mamá? Jugaba, corría y saltaba desconociendo aún que la multitudinaria visita de amigos y familiares a su casa se debía a la muerte de su madre. Patricia y Helena decidieron decirle: “Jesús, tu mamá tuvo que irse para el cielo. Los ángeles están muy desjuiciados, se están portando mal. Ellos necesitaban que una policía fuera y pusiera el orden. Por eso tu mamá se fue para allá”. En ese momento el pequeño empezó a llorar. “¿Por qué no me llevó?, fue lo único que alcanzó a decir.

Mientras alistaban a Jesús, le explicaban que él iba a ver a su mamá por última vez, que esta sería la despedida. Él le hizo dos cartas a María del Carmen: en una había un dibujo donde estaban ambos en la tierra; en la otra, un dibujo donde su madre se encontraba en el cielo y él la veía desde abajo. Esas cartas las guardó hasta llegar las exequias.

La ceremonia comenzó la tarde del 10 de abril. La Policía preparó una calle de honor y organizó todo para que el funeral fuese digno de ella. Helena acercó a Jesús, lo alzó para que él pudiera abrir el ataúd y pudiera poner adentro las cartas que le había hecho a su mamá. Luego se escuchó el himno nacional. Jesús dijo entonces: “Esa



es mi mamita”. Después sonaron las cornetas y unos disparos al aire. Aún siente su ausencia, 18 años después.

Con el tiempo, el padre de María quiso obtener respuestas por el asesinato de su hija. Las razones que le dieron nunca fueron claras; le recomendaron, por el bienestar emocional y psicológico de su nieto, que no indagara en esa herida tan dolorosa. Mercedes y Lucila fueron hasta el sector en donde ocurrieron los hechos, llegaron a una tienda y preguntaron qué había sucedido en la casa en donde encontraron el cuerpo de su ser querido. Testigos contaron que luego de escucharse detonaciones dentro de la casa, una mujer salió apresurada con una maleta, en compañía de dos menores de edad. Al momento saldrían dos hombres. Después de su muerte, ella fue ascendida al grado de subintendente, cumpliendo así con uno de sus sueños. Su familia recibiría los honores.

En octubre del 2001, un fiscal de la Unidad de Terrorismo de la Fiscalía General de la Nación dictó resolución de acusación en contra de dos hombres que fueron acusados del homicidio de María del Carmen Ortiz y Miguel Cárdenas. Jesús no tuvo la oportunidad

de tener recuerdos vivos de su madre, solo fotografías. Lucila se fue unos meses para la sierra de la Macarena y Vicente viajó a una finca en el Meta. Este último, falleció en el 2008.





Historia

3

LA FUERZA DEL CORAZÓN

Álison Tatiana Bustos Galindo



“D

ios y Patria”, así comienza y termina el discurso de Johana Alejandra Garzón. Habla en un tono suave, casi melódico. Pero hoy, con 21 años de edad, entona con fuerza un discurso en el marco de la conmemoración del Día Nacional de la Memoria y la Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado. Respira hondo y amplía el diafragma para que las palabras que pronuncia transmitan el orgullo que recorre su cuerpo cada vez que porta su uniforme verde aceituna, luego de haber sido víctima de un artefacto explosivo y que, por su valentía y méritos, sería condecorada.

Era el 19 de febrero del 2017. Johana se encontraba lista para comenzar la jornada. Ella prestaba su servicio de acuerdo con las necesidades de la ciudad de Bogotá, pero para esa fecha sería designada junto a varios de sus compañeros para cubrir el servicio de seguridad de la última corrida de la temporada taurina en la



Plaza de Toros de Santamaría, ubicada en el barrio La Macarena. Al llegar, todo parecía normal; la gente transitaba y le consultaban cosas sobre la organización del evento, nada diferente a otros servicios de este tipo.

El día anterior, cuando firmamos la planilla de salida, mi compañera y yo estábamos destinadas a otro lugar; siempre nos tocaba en el Museo Nacional, pero hubo un cambio y resultamos en la Carrera 5 con Calle 27. Después de formar, nos distribuyeron y quedamos los más amigos; todos estábamos en el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD).

Así lo recuerda Johana. Pero desde ese punto de la conversación, cambia su postura, se inclina hacia adelante y empieza a frotar sus manos como si intentara quitarse algo de ellas. Y continúa:

Mi sargento nos separó en dos escuadras. Mi compañero José Flores quedó en la primera y yo en la segunda con otra compañera. Entonces yo le dije a Flores: “gracias por dejarnos solas”, y él me respondió “no amiguita, ya me cambio”. Lo vi entrar a una tienda y tomarse una bebida energética; luego, se acercó a nosotras con dos dulces. Cuando le fui a dar las gracias sentí la explosión.

Johana tiene la mirada dispersa: “Estábamos todos en el piso, no sabía qué hacer, saqué fuerzas para subirme al andén. Miré mis manos y noté que gotas

de sangre caían de mi cabeza. Solo pude pensar: ‘Dios mío, ¿qué pasó?’”.

Casi un año después de haber sido víctima de este atentado, el 6 de abril del 2018 se llevó a cabo la ceremonia en la que se le reconoció a Johana y otros de sus compañeros su labor. El evento transcurre en el Teatro Patria de Bogotá, con todo el protocolo que la institución exige. Todos los asistentes están impecables, sin ninguna arruga en sus faldas o pantalones. Johana se alista para ingresar al salón, revisa su presentación personal y se siente lista para representar a las mujeres policías, así que cualquier molestia queda de lado.

El inicio de un relato

Un comisario se me acerca y me dice: “Se la recomiendo mucho, es muy sensible”.

Johana es de Consacá, Nariño. Una parcela alargada de casas que no superan los dos pisos, con una iglesia color amarillo opaco y un parque central con diez o quince palmeras.

Siempre he sido juiciosa, me iba bien en el colegio, ocupaba los mejores puestos, me gustaba mucho las artes, pero me iba mal en matemáticas. Vivía en una finca donde cultivamos principalmente café, naranjas y plátano. Ahí tenía perros, gatos y algunas gallinas. Me encantan los animales.

Johana me cuenta de su vida, mientras recorremos las instalaciones de la Policía Metropolitana de Bogotá. Está de particular, con un saco vinotinto, jeans y botines, aunque ella prefiere su uniforme, el honor que implica llevarlo y la fuerza que proporciona el sentir la pesada tela sobre la piel. Es un poder que no da otra prenda de vestir.



no quería que lo vendiera porque ese carro era el sustento de la familia. Él me hizo caso y al día siguiente salió a trabajar. Me fui a caminar por el pueblo y todo el mundo me miraba raro, como si les debiera algo. Mi mamá me llama y me dice que mi papá no le contesta. Luego una persona se me acerca y me dice que mi papá había tenido un accidente, que algo le pasó a quien manejaba el taxi blanco, y como yo estaba en negación pensé que el del accidente había sido el señor del otro taxi, porque había dos en el pueblo.

Johana baja el tono de la voz.

Caminé hasta el terminal porque era donde él trabajaba, pero no lo vi; ahí me empecé a asustar. Luego me llamó mi tía y me dijo que me fuera para la casa que allá me contaba todo. Llegué a la casa de mi abuela, mi tía me abrazó muy fuerte y me dijo que ya no había nada que hacer, que mi papá estaba muerto. Yo quería terminar con todo, porque él era mi vida.

Un nuevo comienzo

“Mi mamá me culpó de la muerte de mi papá”, dice. Para Vilia del Carmen Ortiz, no fue fácil perder a su esposo, Miguel Ángel Garzón. Su partida dejó un vacío en la familia en todos los aspectos en los que una persona puede dejarlo cuando fallece. Johana prosigue:

En el 2010 murió mi papá y yo cargué con esa culpa. Mi papá tenía un taxi y quería entregarlo porque ya estaba cansado de ese trabajo; yo

La relación entre Johana y su mamá empezó a mejorar cuando se separaron. En el 2015, ella ingresó a la Policía y se mudó a Bogotá: la distancia las unió. Vilia no quería que su hija fuera patrullera, le asustaba lo que pudiera pasar y su instinto de madre hizo que valorara la presencia de su hija en su vida, dejando los rencores en el pasado. Johana, por su parte, encontró su propio proceso de catarsis en la Institución. Afirma que el accidente de su padre fue una de



las razones para tomar la decisión de pertenecer a la Policía Nacional, porque así contribuye a la efectividad del sistema judicial.

Yo estaba convencida de que quería estudiar medicina. Pero cuando estaba en sexto de bachillerato, el Programa de Prevención de Educación para la Resistencia al Uso y Abuso de las Drogas y la Violencia (DARE) de la Policía Nacional vino a capacitarnos y ahí lo decidí. Además, algunos de mis familiares más cercanos pertenecieron a las Fuerzas Militares, por eso había contemplado esa opción.



El amargo recuerdo de una gran labor

Al estar cerca de un policía se siente fuerza en el andar, en la entonación, en la postura. La imagen de los hombres y mujeres que allí trabajan es de personas fuertes; casi parecen libres de tener

colapsos emocionales, pero aun así son seres humanos y siempre quedan marcas difíciles de borrar.

El atentado trajo consigo algunas marcas en su cuerpo: en una de sus manos y en pequeñas zonas de su cabeza hay cicatrices. Las secuelas están latentes todos los días. El lupus eritematoso que debilita la salud de Johana le fue diagnosticado unos meses después, cuando empezaron a aparecer en sus brazos y espalda manchas rojas, síntomas de la enfermedad autoinmunitaria, en el que el sistema inmune del cuerpo ataca por error el tejido sano. Este padecimiento puede afectar la piel, las articulaciones, los riñones, el cerebro y otros órganos. Pero las secuelas emocionales fueron más dolorosas.

“La Policía es como una familia, y como en toda familia, aquí también hay todo tipo de personas. Algunas me ven como si yo me estuviera haciendo la víctima, así que, para no sentir esa presión, me alejo e intento ser fuerte, pero cuando llego a mi casa lloro sola para no demostrar mi debilidad”, confiesa.

“Hay compañeros que me han apoyado mucho. También me molestan, pero en broma, me dicen arduita, porque en una parte de la recuperación física

me medicaron una pasta muy fuerte y mis cachetes se inflamaron, por lo que me empezaron a llamar así, diciendo que tenía comida escondida en los cachetes”, sonrío.

“La presencia familiar es en gran parte su motivación, junto con el apoyo psicológico que lleva. De esta manera Johana trabaja en el sentimiento de culpa que la agobia por haberle pedido a su compañero Flores que se cambiara de escuadra para que estuviera con ella”, afirma el psicólogo e intendente Jorge Alejandro Suárez Ramírez. Con respecto a su compañero, Johana comenta:

A Flores solo le pido perdón. Él me dice que todo lo que pasó son cosas de Dios. Ahora está en Montería, Córdoba. Perdió el ojo izquierdo. Todavía no asimilo los sonidos que se parezcan a una bomba; me pongo a temblar. Tampoco puedo ver noticias o videos del atentado porque empiezo a llorar. El solo pensar la posibilidad de afectar el 90 % de mi movilidad al extraer las esquirlas que afectaron los tendones y nervios de mi cabeza y brazo me hace considerar que estas son lo de menos.

Pero ¿qué planes tienes ahora Johana?:

Es hora de continuar mi camino, pero lo haré dentro de la Institución. Siento que voy quemando etapas y necesito avanzar, así que ahora quiero otra especialidad. Me gustaría estar en los grupos que trabajan

contra el secuestro, en los carabineros o como guía canina (adiestramiento y trabajo con perros como binomios), porque soy de finca y me la llevo muy bien con los animales. Aunque todos esos cambios serán cuando Dios quiera.

Una historia desde múltiples voces

La sargento mayor Nillyerth Garzón, perteneciente a la Estación de Policía de Fontibón; la subcomisario Carmen Alicia Correa, integrante del Grupo de Protección a la Infancia y la Adolescencia; la subcomisario Blanca Yolima López, responsable de archivo en la Estación de Policía de Fontibón, y la subcomisario Rocío Acosta, adscrita a la Estación de Policía de Fátima, son policías, madres, hijas y esposas, las cuatro con más de veinte años de trayectoria en la Institución y un sentimiento en común de compañerismo y hermandad.





Mujeres, policías, madres, hijas y esposas. Las cuatro con más de veinte años de trayectoria en la Institución y un sentimiento en común de compañerismo y hermandad.

Al igual que Johana, estas mujeres permanecen en la Policía por la satisfacción de servir. Aunque no todas ingresaron por los mismos motivos, este hecho las une en un solo relato, al compartir una historia de aquel momento. “Nunca imaginé ser policía, quería ser profesora. Cuando era joven, un día vi una propaganda de Chicas de Acero, como en el 92, y me gustó la idea, así que hice los documentos para ingresar, solo por ir a vivir la experiencia como patrullera. Durante el curso fue que me di cuenta en qué me había metido”, cuenta Blanca entre risas. “Al pasar tantas horas al día en servicio, los compañeros se vuelven familia”. Por su parte, Rocío afirma:

Nosotras formamos dos familias: una, la institucional, donde pasamos la mayor parte de nuestro tiempo, y luego está nuestra casa, donde encontramos otro tipo de apoyo. Aquí se forma un vínculo muy fuerte, tanto con los compañeros como con la ciudadanía, porque es muy bonito cuando ellos le dan las gracias a uno. Ese cariño que nos brindan es la mayor satisfacción.



“También es gratificante cuando podemos estudiar y especializarnos. Por ejemplo, yo pude estudiar psicología”, dice Carmen. Todos estos cambios en las políticas institucionales de la Policía, que les permiten a las mujeres tener mayores posibilidades de crecer, se han venido dando de manera progresiva desde 1978. Los ojos de Nillyerth han contemplado esos cambios; ella lleva más de 25 años en la Institución y ha experimentado toda esa transformación, y complementa:

En 1993 salí de cabo segunda y llegué a la Policía Metropolitana de Cali. Ahí trabajé hasta el 2007, siendo la única mujer en la unidad. Eso no fue fácil, porque los patrulleros preguntaban: “¿una mujer me va a mandar a mí?”. Durante esa época a las mujeres nos tocaba patrullar en falda y tacones, inclusive en las motos, porque así era el uniforme hasta 1995; era muy agotador, pero esa era la norma. Afortunadamente, las cosas cambiaron, pero se aguantó cuando tocó y aquí estamos.

Durante la entrevista, se hace alusión a las edades de cada una de ellas, pero su respuesta inmediata y normal ante esta es: “Eso no se pregunta”, evadiendo el tema entre risas. Por su parte, Rocío cuenta lo siguiente:

A mí también me pasó lo mismo que a la compañera. Pasaba el 2006 y estábamos implementando la Ley 1098 (Código de Infancia y la Adolescencia). Yo estaba a cargo de un grupo de policías en Soacha. El patrullero Galindo me tomó por el brazo en el parque principal y me dijo: “Yo a mujeres no obedezco”; en ese momento, le aclaré que el problema era de él, yo estaba a cargo, así que tenía dos opciones: o trabajaba conmigo o pedía el traslado. Ahora somos buenos amigos.

“Cuando yo estaba en Caquetá, tenía treinta hombres al mando, porque era jefe de seguridad. En ese momento, crearon un cargo que era jefe de capturas. Yo me enfoqué en cumplir bien con todos mis deberes, porque me gustaba mucho. En un mes, por ejemplo, hice cincuenta capturas”, comenta Blanca. Para lograr posicionarse como mujer de autoridad, Carmen ha tenido que pasar por varias experiencias, tal y como lo relata:

Recién graduada de patrullera, me tocó [hacer] un servicio de desalojo. Recuerdo que yo dije “me metí en la vaca loca”; me puse a llorar porque me cuestionaba el para qué había ingresado. Luego uno entiende

las normas que impone la Institución y aumenta su sentido de pertenencia porque se da cuenta que, al final, le hace un bien a la comunidad.

Todas concuerdan en que el trabajo se encarga de formar el carácter, empezando por la voz, ya que el cómo serán tratadas depende de la propiedad con la que hablen.

La participación de la mujer dentro de la Institución comenzó mediante la Disposición 20 B de 1978, con el ingreso de 12 mujeres profesionales como oficiales de los servicios. Desde este punto de la historia, la incorporación de damas en los distintos niveles de la Institución fue una constante, tal y como lo afirma Donadio y Mazzotta en su libro *La mujer en las instituciones armadas y policiales*.

Existen registros que señalan que la participación de la mujer en la Policía Nacional fue anterior a esta fecha. En 1953 se convirtió en un hito histórico el nombramiento de un selecto grupo de 68 mujeres como tenientes honorarias, encabezado por María Eugenia Rojas, quien fuera la hija del expresidente Gustavo Rojas Pinilla. La misión principal de este grupo era cumplir una labor social con menores y participar en actividades de protocolo en los diferentes comandos de divisiones.



y que me permitió hacer mi sueño realidad. Estoy orgullosa de servir a la sociedad y representar la entrega de la mujer en diferentes profesiones y campos del saber, en mi caso en la Policía Nacional.

El llegar a un alto grado dentro de la Institución es un resultado de lo que el éxito significa para estas mujeres. Johana Garzón está empezando a dar sus primeros pasos como patrullera de la Policía Nacional y, así como Carmen, Blanca, Rocío o Nillyerth, Johana siente un gran amor por su uniforme y por la mujer que se ha convertido al portarlo. Así lo demuestra al finalizar su discurso, el 6 de abril de 2018:

A pesar de lo sucedido no se me ha ocurrido dejar de portar el uniforme. Nunca dejaré mi Institución, que me abrió las puertas para mi desarrollo tanto profesional como personal

A woman in a flight suit stands next to an aircraft. The image is overlaid with a teal color and a large number '4'.

Historia

4

**ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA,
ASÍ ES LA VIDA EN LA POLICÍA**

Daniela Irene Mendoza Martínez



E

n un espacio acogedor, la luz entra suavemente y envuelve el lugar. Ludivia, la madre de Claudia, y Diana y Laura Mejía, sus hermanas, transmiten un ambiente de complicidad y familia. Todas están dispuestas a recordar a Claudia a su manera, hija y hermana que perdieron en un siniestro el 13 de marzo del 2016. Claudia cumplía la misión de rescatar a un uniformado herido de gravedad durante un ataque subversivo a la Estación de Policía de San Calixto, Norte de Santander, a bordo del helicóptero Bell Huey ii, de matrícula PNS 0743.

Diana Mejía desliza los dedos sobre una hoja del libro La Policía de los colombianos, y lee en voz alta unas palabras de John F. Kennedy: “Un hombre debe hacer aquello que su deber le dicta, cualesquiera que sean las consecuencias personales, cualesquiera que sean los



obstáculos, el peligro o la presión. Esta es la base de toda la moralidad humana”; se detiene un momento.

Claudia del Pilar Mejía Varón nació el 16 de julio de 1988, en el Espinal, Tolima. Fue la primera mujer piloto de la Policía colombiana que falleció en actos meritorios del servicio. En ocho años en la Policía, obtuvo tres condecoraciones y 56 felicitaciones. La capitana Claudia desempeñaba sus funciones oficiales en el servicio aéreo de la Institución. Su recuerdo aún está latente entre sus familiares y amigos: una mujer alegre, humilde, soñadora, emprendedora y muy valiente.



Diana es la hermana mayor de las Mejía Varón. De muy joven tomó la decisión de pertenecer a la Policía Nacional; con tan solo 17 años fue la primera integrante de la familia que se abrió paso para servir a la patria. Recuerda que a su hermana

Claudia, con 12 años, no le gustaba ser policía. “Claudia antes decía que no se veía como policía. De un momento a otro, su meta se convirtió en ser oficial y seguir mis pasos”, recuerda.

“Mi mamá nos apoyaba en la decisión de pertenecer a la Policía, contrario a mi papá, que no era tan dado a que nosotras, siendo mujeres, escogiéramos esta vida. Mi mamá nos acompañaba a las pruebas y se preocupaba por que las superáramos para lograr incorporarnos a la Institución”, comenta Diana mirando a su madre.

Luego, Diana recuerda el ingreso de su hermana a la Institución en enero de 2006, en la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander: “Para ella ese período fue difícil, por lo que tenía que hacer cosas que no le gustaba hacer. Fue así como nuestra relación empezó a fortalecerse: yo le iba abriendo camino, pero sentía la necesidad de cuidarla. Debía generarle la sensación de que estaba segura en la Institución y que no estaba sola”, rememora.

Claudia del Pilar era una policía antinarcóticos de gran trayectoria. Cuando era subteniente, hizo curso como piloto. Era una mujer valiente y determinada, que todo el tiempo luchó

por alcanzar sus sueños. “Mi hermana era valiente, una mujer honesta, responsable, y tenía la vocación de servicio, porque más que sus intereses ella puso fue su vocación, y dio su vida por ello. No le tenía miedo a nada, y yo pienso que eso hoy en día es una virtud”, afirma Diana.

A Laura también le apasionan los aviones. Es inevitable para ella desistir por miedo, así que decidió no darse por vencida, y dice: “me vine hace dos meses a estudiar

aviación en Guaymaral, donde Claudia trabajaba. La aviación siempre me ha gustado y se dio la oportunidad; mi mamá todavía siente mucho miedo, porque todo lo que ha pasado no ha sido fácil”.

Sin embargo, los policías de antinarcóticos se enfrentan todos los días a la muerte, en un intento por luchar contra el narcotráfico y salvar la vida de miles de personas del flagelo de las drogas. Muchos saben de qué se trata el compromiso que adquieren





*Entre el cielo y la tierra,
así es la vida en la Policía*

cuando hacen parte de la Institución, pues se han encontrado durante muchos episodios de frente con ella. Y Claudia del Pilar no era la excepción; su madre recuerda el día que su hija se lo comentó, poco tiempo antes del accidente: “Mamá, —le dijo— el día que yo muera, quiero hacerlo volando”.

Estuvo en la casa de sus padres quince días antes del accidente. No hubo tiempo para un último adiós, pues la muerte la atrapó entre el cielo y la tierra. Las causas del siniestro aún son materia de investigación; no hay respuestas claras sobre los sucesos reales y las causas verídicas del hecho.



Carlos Augusto Díaz Torres, capitán de la Policía, fue compañero durante el curso de oficiales 094 de Claudia, donde surgió una fuerte amistad. Claudia sabía manejar el equilibrio entre el mando y la amistad. Los policías sabían hasta qué punto llegar, pero también sabían que tenían el apoyo de ella.

La capitana Gloria Alejandra Delgadillo fue otra de las amigas de Claudia durante sus años de formación en la Policía; ella comenta que “Claudia era un angelito que nos acompañó por poco tiempo, que nos enseñó a sonreír en las situaciones más difíciles, y que con su carisma iluminaba toda la tristeza que uno pudiera tener en el corazón”.

Es a través del lado más humano de Claudia del Pilar que la gente puede acercarse a los héroes de la Policía Nacional, protagonistas de estas más de cinco décadas de conflicto armado en Colombia. “La Policía no solo es seguridad ciudadana.

Nosotros atacamos otros blancos como el narcotráfico, los cultivos ilícitos, la extorsión y la subversión a nivel nacional”, comenta el esposo de Diana Mejía, el mayor Diego Alexander Vargas Hernández, cuñado de Claudia.

Durante el 2018, según un informe de la Dirección de la Policía Antinarcóticos, los uniformados encargados de la erradicación de cultivos ilícitos recibieron, en promedio, 15 ataques por mes, entre hostigamientos, minas antipersonas y atentados con otros artefactos explosivos. El reporte policial asegura que ese año las compañías de erradicación fueron objeto de 21 hostigamientos y más de 45 campos minados.

Además, en medio de las labores se hallaron más de 80 explosivos, entre minas y artefactos improvisados. En total, cuatro policías fueron asesinados por diferentes motivos en labores de erradicación, sumado a 32 uniformados y 16 civiles que resultaron heridos hasta octubre del 2018. “Yo veía cómo llegaban con policías completamente desmembrados por las minas antipersona, o muertos por francotiradores de los grupos subversivos”, continúa Diana.

En el libro 25 años de lucha frontal contra el narcotráfico en Colombia, el general Óscar Adolfo Naranjo Trujillo comenta lo siguiente:

Bien sabemos que los cultivos ilícitos han creado efectos deformantes sobre la estructura social, los patrones de vida tradicionales, la vocación agraria y la distribución de tierras en Colombia. La riqueza que genera el narcotráfico es fugaz, mientras los

lastres de la violencia son permanentes. Tales circunstancias le han significado a Colombia y a su Policía Nacional, el sacrificio y la entrega incondicional de sus mejores hombres y mujeres.

Claudia es una víctima más del conflicto colombiano y a la vez representa el rol, el valor y la vocación de la mujer dentro de la Policía Nacional. Luego de un par de años, Diana siente que quiere decirle algo a su hermana. Han sido varias las noches en las que piensa en ella.



Cierra los ojos y la imagina. Entonces, para sí misma, repite lo siguiente: “Vivirás por siempre en nuestros corazones, hermana. Tu nombre quedará escrito en letras de oro en la historia de este país, estoy segura”, palabras que Diana le dedica dulcemente.



*Entre el cielo y la tierra,
así es la vida en la Policía*

Hoy en día sus familiares sueñan con ella, porque es en los sueños donde pueden volver a verla; la llevarán siempre en sus mentes y en sus corazones. Pero, sin lugar a dudas, la vida de Claudia está llena de grandes logros y plenitud, una aventura entre el cielo y la tierra, y por su esencia jamás será olvidada, porque, como dice la escritora Isabel Allende, “la

muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme, siempre estaré contigo”.



Historia

5

UNA MUJER CON ARMADURA

Luisa Fernanda Jaramillo Rubiano

SIN MARCA
DE VIOLENCIA
NI EN CUERPO
NI EN MENTE



E

El 23 de septiembre de 1996, la Escuela Nacional de Carabineros Alfonso López Pumarejo de Facatativá daba a conocer los nombres de quienes conformarían el curso número 001 de mujeres carabineras a nivel nacional. Más de cien mujeres esperaban impacientes luego de saber que solo veinticinco serían escogidas. Una a una, las carpetas revelaban el nombre de las seleccionadas. Llegó el momento de conocer a la última mujer que conformaría este grupo; allí estaba la carpeta número veinticinco a punto de ser leída. Luego de un silencio inquietante, se escuchó el nombre de Elizabeth Amaya Iles, acompañado por un “¡Felicitaciones!”. A partir de ese momento, como en un juego de azar, esta joven de 21 años, madre de un bebé de brazos, era parte del primer curso de carabineras de Colombia.



Este era un logro del que había que sentirse orgullosa, pues históricamente, las mujeres colombianas representaron por mucho tiempo un rol secundario dentro de las familias patriarcales: debían servir al esposo, a los hijos y al hogar. Con el paso de los años, las mujeres gozaron de derechos políticos y económicos que les permitieron tener acceso a diferentes esferas sociales y laborales como el de las Fuerzas Armadas.

En 1953 se incorporó a la mujer en las filas de la Policía bajo el gobierno del teniente general Gustavo Rojas Pinilla. Y fue su hija, María Eugenia Rojas Correa, quien encabezó el primer Cuerpo de Policía Femenina en ese mismo año. Inicialmente, la vinculación de la mujer a la institución policial la posicionó en cargos relacionados con bienestar social. Allí se desempeñaban en control del tránsito, protección a menores y funciones de apoyo como asistentes o secretarías.

Y este no era un escenario distante para Elizabeth, pues asegura que, en ese entonces, la mujer asistía a eventos de protocolo y nunca se le permitía estar en lugares donde hubiese disturbios. Poco a poco, la mujer logró afianzarse en cargos que anteriormente eran exclusivos para los hombres como

Policía Judicial, pilotos de aeronaves, artilleras y hasta francotiradoras.

Una mujer de armas tomar

La preparación de Elizabeth no fue diferente a la de cualquier hombre que estuviese en la Policía. Con un metro con cincuenta y cinco centímetros de estatura, demostró lo que es ponerse a la altura de cualquier circunstancia que se le presentase. Tuvo que asistir al curso de los Comandos en Operaciones Especiales y Antiterrorismo (copes), cuya misión es realizar operaciones policiales especiales de alto riesgo con personal altamente capacitado para contrarrestar grupos al margen de la ley.

Luego, se incorporó al curso Nacional de Granaderos, que consiste en un entrenamiento fuerte que lleva al límite las capacidades, lidiando con factores como el clima y la biodiversidad. Se trataba de un curso de entrenamiento en operaciones rurales, que tuvo que crearse en la Policía para contrarrestar la violencia en los territorios rurales, enfrentando la amenaza que los grupos armados al margen de la ley representaban para la convivencia y la seguridad ciudadana, así como para preparar a los policías frente a los ataques masivos a los que eran sometidos por

los grupos subversivos. “Te ayuda a conocer tus miedos más grandes y a enfrentarlos —dice Elizabeth—. En una ocasión, tenía que lanzarme desde cuarenta metros de altura hacia el mar.

Yo no sabía nadar, pero dije —entre risas— “aquí no me van a dejar ahogar”, y me aventé con mi fusil”.

Con su ardua preparación, consiguió hacerse a una larga y exitosa carrera policial desempeñándose en distintos campos dentro de la Institución. Su primera especialidad fue en la Dirección de Tránsito y Transportes, donde aprendió a conducir carro y moto. Después, trabajó como policía de menores en el Área de Infancia y Adolescencia. Estuvo en varias estaciones de Policía de Bogotá, y después fue enviada para la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana, que es un grupo dispuesto a prestar apoyo en la logística de conciertos, espectáculos deportivos y eventos gubernamentales, y que además está capacitado para intervenir en manifestaciones o alteraciones del orden público. “Yo siempre quise estar con grupos operativos. Fui muy feliz”, asegura Elizabeth.

Esta mujer no teme decir que su verraquera y empuje la han convertido

en una mujer ejemplar dentro de la Institución. Sin embargo, señala que fue difícil ganarse el respeto de algunos pares y subalternos. “Así como ahora las mujeres mandan, hay hombres que dicen que no se pueden dejar mandar por una mujer”, manifiesta Elizabeth. Además, ha recibido comentarios discriminatorios por parte de algunos compañeros y de ciudadanos, que con frases como “¿y usted cree que una mujer nos va a sacar de aquí?” demostraban su rechazo ante la mujer policía. Y aunque afirma que es muy tolerante ante esas situaciones, no debe siquiera pensarse que por ser mujer se es menos o se tiene alguna debilidad.



“Me declaro víctima del conflicto; los cacharos que viví no son poquitos. Me ha tocado duro”, confiesa Elizabeth justo antes de nombrar varios episodios en los que el pánico y el desespero abrían espacio a la entereza para utilizarla como escudo.



De esa manera, podría sobreponerse a las situaciones tortuosas.



Las cicatrices de la guerra

Una de las cicatrices la recibió en el 2001, cuando la localidad de Usme, en Bogotá, era considerada zona roja por tener presencia de guerrillas. Elizabeth regresaba a la Estación de Policía de Usme a seguir con sus labores, cuando le comunicaron que por información de

inteligencia su patrulla motorizada podría sufrir un atentado esa noche y que, por motivos de seguridad, debían enviarla a otro lugar. Sin objetar, Elizabeth y su compañero se abrieron camino entre una de las zonas más sensibles de Usme. Al llegar se vieron rodeados por guerrilleros. “Se acercaban hacia nosotros de a poco, y a mí me gritaban que me iban a matar y a descuartizar, no entendía qué pasaba”, dice ella mientras representa con sus manos la forma en que sostenía una escopeta Mossberg de origen estadounidense, su favorita entre todas las armas. “Yo les apuntaba; no tenía intención de disparar a no ser que ellos lo hicieran primero. Estaba en riesgo mi vida”, continúa.

De la nada, un niño se acercó y le dijo: “Cuidado porque están armados”. Elizabeth no entendió y se inclinó para comprenderle mejor. Fueron esos cinco centímetros los que la salvaron de un fatídico desenlace, pues en ese momento cruzó una bala con dirección a su cabeza. Como pudo, retrocedió. Pidió refuerzos por un radio que tenía colgado en su pecho. Al buscar un lugar para refugiarse, se percató de que su compañero había desaparecido. La patrulla de refuerzo llegó luego de cinco minutos eternos. La tomaron por el traje, la subieron a la moto y emprendieron

el viaje de vuelta a la Estación. Su compañero llegó corriendo minutos después, excusando su reacción y recibiendo un fuerte llamado de atención por su acción poco valerosa.

Otro suceso que marcó su vida fue en mayo del 2006, cuando era jefe de logística de la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana de Bogotá. Su labor en ese entonces era verificar que se hiciera la correcta distribución de los equipos de protección requeridos donde el grupo hiciera presencia. Elizabeth recién se recuperaba de una lesión en la columna por un mal movimiento en otro operativo, cuando recibió el llamado de su superior solicitando cascos, escudos, granadas de humo, de gas, de aturdimiento y otros elementos no letales para poder contrarrestar los disturbios que se presentaban en diversos sitios, entre ellos, las universidades públicas.

Debido al intenso dolor que tenía en su espalda, envió a un patrullero a entregar lo que habían pedido. Las primeras veinticinco granadas de aturdimiento les fueron entregadas al Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD), que, a diferencia de la Fuerza Disponible, interviene en las manifestaciones mediante el uso de la fuerza para dispersar a las masas que realizan actos violentos. En otras

palabras, interviene cuando dejan de ser manifestaciones pacíficas.

El policía, en medio de la confusión y el caos, se retiró inmediatamente del lugar. Los equipos, debido a contratiempos de última hora, no llegaron a su destino. Al enterarse de esto, Elizabeth decidió cumplir entonces con la tarea. “Ya no podía sacar el cuerpo, y aunque esa no era mi función, me tocó llevarlas”, recuerda. Así que se armó con su chaleco antibalas y se dirigió al lugar. Llegó a la Universidad Nacional de Colombia y vio a sus compañeros en posición de defensa en el puente de la calle 26 con carrera 45. Se resguardaban de las bombas incendiarias lanzadas por desconocidos encapuchados que se movilizaban en pequeños grupos.

Ya entregados los equipos, Elizabeth descendió del puente por orden de su superior, pues era la única mujer en el grupo. Se dirigió a la patrulla para seguir armando los chalecos con sus respectivos elementos. Detrás del vehículo, había un grupo de veinte personas. Al parecer hacían parte de un movimiento subversivo por las banderas que llevaban.

Al cabo de un corto tiempo, en medio de piedras y explosivos, un gran estallido



los sorprendió y un humo espeso se apoderó del ambiente. A las cuatro de la tarde, terminados los disturbios, el superior a cargo anunció que un policía había resultado herido por una papa bomba. “Me culparon por no haber llegado a tiempo con las provisiones, lo que me afectó bastante. Estuve triste por mucho tiempo”, dice Elizabeth.

Policía, madre y esposa

Además de ser policía, Elizabeth es mamá, hija y esposa. A diario se arma de carácter y decisión para enfrentarse a las más duras pruebas. Dice que lo único que logra desarmarla son sus hijos Ayleen, de 23 años, que actualmente vive con su pareja; Dairon de 15 años, con síndrome de Asperger, un autismo leve; y el menor, Hian, de tres años, que es el consentido de la casa, fruto de su relación con su esposo, el intendente jefe Luis Felipe Moreno Cortés, con quien lleva tres años de casada.

Elizabeth se declara cuidadora, pues no solo tiene el deber de mantener unida a su familia, sino que también debe cuidar de su madre que padece de artritis reumatoide, una enfermedad que le causa dolor, inflamación y rigidez en las articulaciones, y a su hermano, que tiene autismo severo con retardo mental.

“Me considero la cabeza de mi hogar. Soy el apoyo de mi mamá y de todos en la casa. Yo busco soluciones, motivo, hago y armo”, dice Elizabeth. Al llegar a la casa deja atrás el estrés que conlleva su trabajo y dedica todo el tiempo que le es posible a su familia, pues dice que como mujer se debe a sus hijos.

De su trabajo habla poco, pues no le parece justo involucrar a su familia en estos temas. “Si mi deber es proteger a los de afuera, ¿por qué no proteger a los de adentro?”, afirma con decisión. Además, asegura que Susana, su madre, no tiene idea de todo por lo que ha tenido que pasar y, aunque cuenta con todo su apoyo, prefiere separar lo personal de lo laboral. Con su esposo Luis es distinto, pues al pertenecer ambos a la Institución hay algunos temas de trabajo que se cruzan en la mesa, y aunque tengan posturas y temperamentos muy diferentes que en ocasiones generan conflicto, siempre hay espacio para el diálogo y la reconciliación.

Han pasado 21 años desde que Elizabeth ingresó a la Policía. Tiene una placa en su escritorio con el cargo de intendente, que corresponde al nivel ejecutivo, y cuenta con más de cien reconocimientos por su trabajo. “Dentro de mis motivaciones siempre estuvo defender a la mujer. Me

gusta el deber de proteger y ayudar a los demás. Eso es lo que me mueve a seguir aquí”, concluye. Y aunque ha tenido ganas de “tirar la toalla” para dedicarse plenamente a su familia, dice que son las mismas personas que ha ayudado durante tantos años las que la apoyan y no la dejan desfallecer, porque eso sí, su vocación es la que diariamente le permite ser una mujer de armas tomar.

Actualmente, trabaja como promotora de los derechos humanos en la localidad de Usme. Su trabajo consiste en ser el

punto de comunicación entre los policías y las comunidades vulnerables como la transgénero, la afrodescendiente, la indígena y la desplazada, pues muchas veces los malos tratos entre ambas partes imposibilitan la comunicación. Por una parte, se realiza una capacitación a los policías sobre cómo tratar a cada comunidad y se hace énfasis en el uso del Código Nacional de Policía y Convivencia; por otra, a las comunidades se les enseña a respetar a los policías a través de actividades en grupo, en las que inicialmente se busca



al líder para que ponga en discusión las quejas respecto a los policías. “La idea es sacar a las manzanas podridas de la Institución”, dice Elizabeth. Asimismo, afirma que este resulta ser un mecanismo en el que los superiores pueden observar si los policías están cumpliendo correctamente con su labor.





Historia

6

UNA ARTILLERÍA CON ALMA DE MUJER

Lorena Rivera Ocampo

“R

ecuerdo cuando el piloto gritó: ‘¡Me quedé sin instrumentos, nos cascaron!’.

El helicóptero empezó a caer a gran velocidad, mientras desde abajo nos seguían disparando; querían matarnos”, afirma Carmen Alicia. Estaba en curso el año 1993, el calendario señalaba que era 3 de septiembre, algunos meses atrás, la entonces agente de la Policía Carmen Alicia Salazar se había graduado como Técnica en Aviación del curso 008. Era la única mujer de trece estudiantes. Allí fue capacitada para realizar el mantenimiento de los helicópteros que patrullaban los cielos colombianos. También recibió instrucción de armamento que, sin saberlo, iba a cambiar su vida para siempre.

Su función como técnica en aviación debía cumplirse desde los talleres y los hangares en tierra, pues no era común que las mujeres estuvieran a bordo de



las naves. Carmen siempre soñó con ser Policía; apenas se enteró de que se habían abierto las inscripciones para mujeres, se presentó en la seccional de incorporación en Pasto, su ciudad natal, en 1968. En esa época las mujeres que ingresaban a la Institución se encargaban de las tareas administrativas en oficinas o, en el mejor de los casos, reemplazaban a sus compañeros masculinos en oficios básicos como auxiliares de enfermería o de odontología. Algo sí era claro: jamás hacían parte de los operativos que se realizaban en zonas de alto riesgo; esas tareas eran exclusivas para los hombres.



Su carrera dio un giro inesperado cuando fue nombrada técnica en la parte de línea, momento desde el cual iba a cumplir sus labores también en vuelo. “Durante mi vida, entre 1993 y hasta el 2002, volé mucho. Apoyamos en diferentes lugares del país; era muy bonito demostrar que una mujer también podía”.

Siguió todas las instrucciones al pie de la letra, y entendía a la perfección lo que debía hacer cuando acompañaba a sus colegas a cumplir con el deber. Sin embargo, lo impredecible del destino no se enseña en un salón de clases, se aprende cuando ya no hay escapatoria y ese 3 de septiembre iba a descubrirlo. En las primeras horas de la mañana, se encontraba en la base de la Policía de San José del Guaviare, a bordo de un helicóptero UH-1N junto con el piloto, el copiloto y un artillero. La misión era apoyar a los Comandos Jungla que realizaban acciones de seguridad y acompañamiento durante las operaciones de fumigación de coca en el municipio de Puerto Rico, Meta.

La región del Meta y Guaviare había sido la de mayor cultivo de coca en Colombia, de acuerdo con estadísticas de la Gobernación del Meta. Los cultivos alcanzaron una extensión de 18.509 hectáreas en el 2004, por lo que, como era de esperarse, la región fue el blanco de

innumerables actos violentos cometidos por todo tipo de grupos armados al margen de la ley que se dedicaban al narcotráfico. Entre los ataques que se recuerdan está la masacre de Mapiripán, ocurrida en 1997, en la que 49 personas perdieron la vida y otras decenas más fueron desplazadas del territorio.

La fumigación aérea se puso en marcha. La Policía Antinarcóticos sobrevolaba el sector cuando, de repente, se empezaron a escuchar ráfagas de fusil que impactaron la aeronave: varios hombres fuertemente armados defendían los cultivos. Los tripulantes sospecharon, sin llegar a confirmarlo, que se trataba de guerrilleros que se movían por la zona. En medio de la desesperación y la adrenalina, Carmen se enfrentó cara a cara con la sombra de la muerte. “Pensé en mi hijo, hasta pensé en retirarme a hacer labores solo en el hangar; me invadió ese sentimiento de mamá de pensar cómo lo voy a dejar solo”. Tomó el control de la ametralladora M-60 que hacía parte del equipo de artillería del helicóptero.

El piloto, con la voz quebrada, les informó que los controles ya no respondían. Empezaron a descender mientras sus oponentes aumentaban la intensidad de las descargas. Lograron aterrizar de emergencia en una superficie inclinada; las paredes metálicas del helicóptero

quedaron marcadas con 30 agujeros de proyectiles de largo alcance.

Cuando tuvieron oportunidad escaparon de la aeronave. Carmen creyó que se encontraba a salvo, pero una vez lejos del lugar del accidente, escuchó al copiloto que aún se encontraba atrapado dentro de la nave. Respiró profundo y, armándose de valor, regresó por su compañero. Rompió la claraboya y lo liberó de los cinturones que lo ataban. Se enfrentó a sus enemigos con la ametralladora que, para su fortuna, había quedado boca arriba. “Uno tiene activado el sentido de supervivencia, accioné el arma que tenía a mi lado: si uno está disparando, para ellos era imposible herir al copiloto”, explica. Disparaba 550 proyectiles por minuto. Sus compañeros la apoyaron y lograron contener los ataques. Fue así como, sin proponérselo, se convirtió en la primera mujer artillera del país.

Ese día los uniformados regresaron a la base, algunos heridos, pero todos con vida, pues lograron abordar otro helicóptero que se encontraba apoyando la misión. Este capítulo, el primero del gran libro de ficción que serían sus 29 años de carrera como policía, terminó con un reconocimiento que la llena de orgullo: le fue otorgada su primera “medalla al valor”, condecoración



entregada por sus superiores a causa de sus actuaciones destacadas y meritorias. “El orgullo institucional de que me dieran una medalla, que no se le había dado a ninguna mujer, me impulsó a no decaer por lo vivido; eso me motivó a que siguiera volando”, sentencia.

La toma y el canino

Según Jaime Curbet, quien fuera conocido en la historia como “el arquitecto de la seguridad ciudadana”, las funciones de la Policía son principalmente prevenir la delincuencia, responder inmediatamente a incidentes que amenazan la seguridad de los ciudadanos, investigar delitos y controlar el tránsito. Pero en países como el nuestro, donde el realismo mágico no permea únicamente la literatura nacional, personajes como el general Francisco de Paula Santander ya afirmaban desde la época de la independencia que, en palabras de Camacho Roldán, “Colombia era un caos, y era preciso formar, en el orden político, una creación casi de la nada. ¡Por todas partes no había más que ruina!”. El conflicto armado ha dejado un saldo de 54.464 policías reconocidos como víctimas, según la Unidad para la Atención y Reparación Integral para las Víctimas (uariv).

Carmen Alicia se encontraba acompañando

labores de fumigación en el municipio de Popayán cuando recibieron la orden de dirigirse, con la mayor rapidez posible, a la montañosa zona de Toribío, Cauca. La guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (farc) contaba con 21.025 hombres armados con presencia en todo el territorio nacional. Esta vez estaban atacando la Estación de Policía. La confrontación era tan intensa que habían derribado la edificación. La intención de los atacantes era quemar a los policías que se encontraban entre los escombros, atrincherados al interior de un túnel. La población se encontraba en medio del fuego cruzado; se podían escuchar gritos de personas aterrorizadas; se vivía un completo caos. Las familias buscaban reunirse, pero no podían movilizarse debido a las balas que impregnaban el aire con estruendosos sonidos.

De acuerdo con datos entregados por la Policía al portal Colombiacheck, entre el 2003 y el 2016 Toribío vivió 72 hostigamientos y un ataque a la población. Sin embargo, los pobladores hacen un recuento de un total de 600 actos violentos. No existe un registro exacto de la cantidad de ataques debido a que muchos de los documentos que contenían esta información fueron destruidos en medio del conflicto. Esta pequeña población colombiana, según el mismo portal periodístico, es considerada

la zona más afectada por este tipo de delitos.

Recuerda Carmen: “Cuando llegamos nos encontramos con el ataque del que estaba siendo objeto la Policía y los pobladores”, todo el día estuvieron apoyando a sus compañeros atrapados en la Estación. “Debíamos salvaguardar la vida de los compañeros y de los habitantes. Los combates fueron muy fuertes, estuvimos todo el día intentando alejar a los guerrilleros lo que más pudiéramos para poder sacarlos de ahí”, aclara y continúa:

Tuvimos que regresar a la base en San José del Guaviare varias veces para reclamar más municiones, fue una confrontación interminable. Uno solo pensaba en salvar a la comunidad que estaba siendo atacada, no nos importaba arriesgar nuestras vidas, aunque fuera un riesgo muy latente. Luego, a las 5:00 p.m. nos avisaron que ya nos estaba respaldando la Fuerza Aérea.

El avión fantasma —que no es fácil de detectar desde tierra— contaba con equipos infrarrojos y la tecnología suficiente para disparar desde 7.000 pies de altura. Aunque la rocosa geografía de Toribío hacía difíciles las operaciones, en un esfuerzo conjunto de las Fuerzas Armadas fue posible replegar a los guerrilleros.

En la mañana siguiente, volvieron al lugar del

enfrentamiento a recoger a sus compañeros. Tenían información de que los guerrilleros se habían retirado de la Estación de Policía, pero se encontraban escondidos a los alrededores. La tensión invadía el ambiente, pues en cualquier momento podía reanudarse otra espesa lluvia de balas. Intentaron aterrizar, pero escucharon el ruido incesante de disparos y explosiones de armas no convencionales que revivieron el ataque.



Prosigue Carmen: “Mi reacción era encomendarme a Dios y a toda la tripulación y seguir adelante hasta donde él nos permitiera llegar”, los minutos pasaban como si fueran siglos, pero la persistencia de la Policía logró



debilitar a sus oponentes, momento que aprovecharon para rescatar a sus colegas cautivos, que estaban sanos y salvos.

Al momento de abordar el helicóptero, a uno de ellos lo desbordaban las lágrimas. Pensaron que se trataba de la conmoción después de lo que acababa de vivir, pero cuando se disponían a despegar, el policía con un nudo en la garganta logró hablar, observaba un perro callejero que batía la cola en frente de la aeronave con ojos entristecidos. Era su compañero que fielmente lo escoltaba cuando cumplía con sus funciones en la Estación, se negaba a abandonar a su amigo, no podía estar tranquilo si no estaba seguro. “Las normas de peso que debían cumplir los helicópteros eran muy estrictas, no podíamos permitirnos llevar al animal, podíamos exponernos a un nuevo combate y quedar en desventaja. Pero la vida de todos es muy valiosa, y como policías debemos cuidar de la integridad de todos, decidimos incorporarlo al cuerpo policial y voló a la base con nosotros”.

Después de este conmovedor episodio, Carmen Alicia fue condecorada nuevamente con una segunda medalla al valor. Tiempo después, comenzó a escalar en los cargos y grados, hasta que fue nombrada jefe de línea de los hangares y, posteriormente, hizo parte de la jefatura de

mantenimiento. Paulatinamente dejó de realizar actividades en vuelo para cumplir con sus nuevas asignaciones, hasta que finalmente se retiró, ocupando el grado de comisario en el 2014, en una ceremonia a la que asistieron el entonces director general de la Policía Nacional, Rodolfo Palomino, y el ministro de defensa, Juan Carlos Pinzón. Y concluye Carmen:

Yo creo que es muy importante que los colombianos conozcan las historias de sus policías. Tenemos que seguir luchando para que las personas miren las instituciones de otra forma, no como ahora, que lamentablemente nos miran de una manera despectiva, como si no fuéramos agradables, sin saber que nos arriesgamos todo el tiempo para que los ciudadanos puedan estar seguros. Debemos sentirnos orgullosos; hay que motivar a los jóvenes para que se integren a la Institución... que vean su importancia.





18088

178433

071298

181364



Fuente: Fotografía tomada por Federico Ríos, 13 de marzo de 2019.





EPÍLOGO

Fuente: Fotografía tomada por Federico Ríos, 13 de marzo de 2019.